



Creación

# LA POÉTICA DE SER ENSEÑADO Y DE ENSEÑAR EN LA TRILOGÍA DE FRANK MCCOURT: LAS CENIZAS DE ÁNGELA, ¡AJÁ! SÍ LO ES Y EL PROFESOR

“The poetics of being taught and teaching in the trilogy of Frank McCourt: Las cenizas de Ángela, ¡Ajá! Sí lo es y El Profesor”.

*Ángela María Rodríguez Moreno\**

\* Literata y magíster en Literatura de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia). Ha sido editora, correctora de estilo, docente universitaria e investigadora académica. Su tesis de maestría ¿Cómo gestar un Homo Sovieticus en casa? A propósito de Corazón de Perro (1926) de Mijaíl Bulgákov fue publicada en Stuttgart por la Editorial Académica Española en 2013. Doctoranda en Lenguas Romances y Literatura Hispánica Universidad de Washington en St. Louis Missouri, EEUU. [angelitamcbeal@gmail.com](mailto:angelitamcbeal@gmail.com).

*El maestro dice que morir por la fe es una cosa gloriosa  
y papá dice que morir por Irlanda es una cosa gloriosa  
y me pregunto si en el mundo habrá alguien que quiera que vivamos.  
Frank McCourt, Las cenizas de Ángela (1996)*

## Introducción

Frank McCourt (1930–2009), el escritor irlandés que nació en Nueva York, escribió una de las más emocionantes y apabullantes trilogías sobre qué significa crecer en la miserable, católica y enfermiza Limerick (Irlanda) de los años treinta, durante la Gran Depresión. Su experiencia de vida, llevada incluso al cine por Alan Parker, retrata con magnífica técnica irónica el poder del maestro durante su infancia, que dejó una marca indeleble en su adolescencia y en su adultez, cuando vuelve a vivir en Estados Unidos. Este artículo examina la poética de ser enseñado y de enseñar: McCourt alumno en Irlanda y McCourt profesor, que le valió en 1976 el Premio “America's Teacher of the year”: “a dedicated and serious creative writing teacher at Stuyvesant High School” (2006).

### 1. Frank, el estudiante en la miserable y católica Irlanda de los años treinta

Frank fue el mayor de cuatro hermanos: Malachy, Oliver y Eugene (mellizos) y Margaret. Malachy, su padre fue alcohólico, locuaz, pendenciero e irresponsable. Se bebía todo el salario y los niños pasaron hambre, necesidades, humillaciones, carencias y tristezas. Ángela, su madre, era una mujer católica, débil y manipulable, que no consideraba oportuno trabajar pero sí ir a la beneficencia a suplicar por comida gratis. Solo esperaba que su esposo volviera a casa a cumplir con sus labores conyugales. El hogar se complementaba con la rezandera abuela materna, la tía estéril y crítica y dos tíos con déficit de desarrollo. Este hogar, fragmentado, conflictivo y hambriento se contrasta con la presencia, fuerte e imponente, del maestro escolar. Un sujeto caricaturesco que enseñaba a través de vapuleos, insultos y golpes, justificándose en los preceptos de la iglesia católica irlandesa.

El maestro dice que cada uno debe traer tres peniques para el catecismo de la primera comunión que es el del forro verde. El catecismo tiene todas las preguntas y respuestas que hay que saberse de memoria antes de recibir la primera comunión. A los mayores de quinto grado les toca el catecismo grueso de confirmación que es el del forro rojo y cuesta seis peniques. Me encantaría ser grande e importante y pasearme por ahí con el catecismo de confirmación rojo pero no creo que vaya a vivir tanto con la forma como se espera que muera por esto o aquello. Quisiera preguntar por qué hay tanta gente grande que no ha muerto por Irlanda o por la fe pero sé que si haces una pregunta así te dan un coscorrón en la cabeza y te dicen que salgas a jugar. (1996, p. 134)

Los niños asistían a la escuela pública, allí los maestros violentos y arrogantes, se solazaban educándolos y zurrándolos. El currículo está supeditado a la historia de Irlanda, desde el amañado punto de vista irlandés, a la historia de la religión católica, a sus oraciones y a los modales de urbanidad. Los conocimientos de matemáticas, escritura, biología y demás asignaturas son insustanciales frente a la religión y a la historia. El método pedagógico, circunscrito a la memorización y colmado de amenazas, vituperios y lenguaje procaz, permanece invariable y los pequeños estudiantes lo saben.

Preguntas Quigley vuelve a alzar la mano. Las miradas se cruzan en la clase y nos preguntamos si quiere suicidarse.

-¿Qué son esbirros, señor?

La cara del maestro se pone blanca y luego roja. Tiembla la boca y luego la abre y la saliva vuela por todas partes. Se acerca a Preguntas y lo arranca del asiento. Respira duro y gaguea y su saliva vuela por toda el aula. Azota a Preguntas en los hombros, las nalgas y las piernas. Lo agarra del cuello de la camisa y lo arrastra al frente.

-Miren a este individuo, dice con un rugido.

Preguntas tiembla y gimotea: - Perdón, señor.

El maestro lo remeda: - Perdón, señor. ¿Por qué pides perdón?

-Por haber hecho la pregunta. No voy a preguntar nunca más, señor.

-El día que lo hagas, Quigley, será el día en que vas a querer que Dios te acoja en Su seno. ¿Qué vas a querer, Quigley?

-Que Dios me acoja en Su seno, señor.

-Vuelve a tu asiento, so cafre, so poca cosa, so animalejo del rincón más oscuro de un pantano.

Se sienta con la vara puesta en el escritorio. Le dice a Preguntas que deje de lloriquear y se comporte como un hombre. Si vuelve a oír a un alumno haciendo preguntas tontas o hablando de la colecta lo va a azotar hasta sacarle sangre a chorros.

-¿Qué voy a hacer?

-Lo va a azotar, señor.

-¿Hasta?

-Hasta sacarle sangre a chorros, señor.

-Ahora, Clohessy, ¿cuál es el sexto mandamiento?

-No cometerás adulterio.

-¿No cometerás adulterio, qué?

-No cometerás adulterio, señor.

-¿Y qué es adulterio, Clohessy?

-Pensamientos impuros, palabras impuras y obras impuras, señor.

-Muy bien, Clohessy. Eres un buen chico. Serás un poco lerdo y olvidadizo en la esfera de decir señor y andarás descalzo por ahí pero tu fuerte es el sexto mandamiento y eso te mantendrá vivo.

(1996, p. 139)

Las narraciones, colmadas de reiteraciones, insinuaciones, respuestas irónicas y repetitivas en un tono marcadamente infantil y emotivo, reiteran qué método pedagógico fue aplicado en la escuela. Los niños sucumben ante el poder de la vara cuando cometen “errores”, pero saben que la escuela no lo es todo. Están el cinema, el pub, el hogar y las correrías infantiles. Y la tisis, la miseria, el hambre, las carencias y sus destrezas para sobrevivir en la húmeda Limerick. Es importante recalcar que los contenidos curriculares son censurados si el maestro los considera pecaminosos e inapropiados. De hecho, el sexo, las relaciones humanas y los problemas familiares permanecen vetados, pero se mencionan para ridiculizar a los estudiantes en público y exponerlos como criaturas endebles e inútiles que no tienen salvación. El maestro se auto-asume como un vocero de Dios en la Tierra.

Así, la poética de ser enseñado se configura a través de la violencia, la restricción y la obsesiva memorización. Los niños hacen preguntas pero son usualmente ridiculizados porque su pregunta no tiene sentido para el maestro. Ellos no pueden cuestionar la autoridad del maestro, no pueden actuar como niños sino como autómatas, no pueden contar sus penurias porque no son importantes para nadie y deben cumplir, a toda costa, con los deberes. El maestro siempre tiene la potestad de calificarlo o descalificarlo, promoverlo u obligarlo a repetir el curso. Su criterio docente, tiende a ser subjetivo y a estar supeditado a los asuntos religiosos e históricos, con fuertes dosis de autovictimización y megalomanía: los ingleses son los perversos, los protestantes son los pecadores y arderán en el infierno. Las aseveraciones del maestro en los procesos de enseñanza son dicotomías, complejamente estructuradas para favorecer la historia de la pobre Irlanda: bondad-maldad, amor-odio, paz-guerra, gloria-infamia, pecado-expiación, irlandés-inglés, santidad-condenación. El maestro se auto-asume como un

dechado de virtudes, un modelo digno de ser imitado. Sin embargo, Frank y los demás niños son conscientes de que no es así:

El maestro, míster Benson, es muy viejo. Ruge y escupe sobre nosotros todos los días. Los chicos de la primera fila esperan que no tenga enfermedades porque las babas son las que transmiten las enfermedades y él podría estar regando la tisis por todos lados. Nos dice que tenemos que aprendernos el catecismo al revés, al derecho y en diagonal. Tenemos que aprendernos los diez mandamientos, las siete virtudes cardinales y las siete teologales, los siete sacramentos, los siete pecados capitales. Tenemos que aprendernos de memoria todas las oraciones, al avemaría, el padrenuestro, el yo pecador, el credo, al acto de contrición, las letanías de la Sagrada Virgen María. Tenemos que aprendérnoslas en irlandés y en inglés y si se nos olvida una palabra en irlandés y la decimos en inglés él se pone iracundo y nos arrea con la vara. Si por él fuera nos haría aprender la religión en latín, el idioma de los santos que comulgan íntimamente con Dios y su Santa Madre, el lenguaje de los primeros cristianos, que se ocultaban en las catacumbas y partían a morir en el potro de tormento o bajo la espada, que expiraban en las fauces espumosas del voraz león. El irlandés está muy bien para los patriotas, el inglés para los traidores y los delatores, pero el latín nos dará la entrada al mismísimo cielo. Es el latín que rezaban los mártires cuando los bárbaros les arrancaban las uñas y los despellejaban poco a poco. Nos dice que nosotros somos una desgracia para Irlanda y su larga y triste historia, que estaríamos mejor en África rezándole a cualquier árbol o matojo. Nos dice que somos casos perdidos, la peor clase que ha tenido que preparar para la primera comunión pero así como Dios hizo las manzanas así él nos va a hacer buenos católicos, nos va a sacar a golpes la holgazanería y nos va a meter a golpes la gracia santificante. (1996, p. 140)

En este sentido, la poética de ser enseñado se circunscribe a una maniquea división: ellos y los otros. La otredad suele mezclarse con la mismidad, a través de barreras invisibles pues la población de Limerick es híbrida en términos religiosos, políticos, económicos e idiosincrásicos. Sin embargo, el maestro establece un parámetro de santidad y purificación que no existe, es inconsistente con la realidad narrada en la trilogía. De hecho, el método pedagógico del maestro es exactamente igual cuando enseña ciencias, matemáticas o inglés, que cuando enseña religión o los prepara para recibir su primera comunión.



Elías Heim. COL 'Golgolet  
2013 instalación.

## 2. Frank, el inmigrante que se convierte en profesor premiado: ¿la escuela es la burbuja que explotó?

En el segundo libro de la trilogía, *¡Ajá! Sí lo es*, Frank regresa a su natal Nueva York, convertido en un inseguro adolescente de 18 años, que se casará, tendrá una hija y será docente, aunque al comienzo tenga que enfrentarse a las vicisitudes de ser un inmigrante en Estados Unidos: realizar duros trabajos y recibir exiguos pagos. Él recuerda la escuela irlandesa como el espacio coercitivo y violento que fue, pero en Nueva York se enfrenta a otro paradigma cultural: la educación es insustancial, los profesores son insignificantes, la escuela es un espacio fútil, casi despreciable, y los estudiantes son apabullantes y ruidosos:

Los alumnos me estrujan en el pasillo. Hay risas y empujones y refriegas. ¿No ven que soy un profesor? ¿No ven que llevo bajo el brazo dos libretas de asistencia y Tu mundo y tú? En Limerick, un director de escuela jamás hubiera tolerado semejante jaleo. Andaría por los pasillos de una vara y, si no marchabas como se debe te golpearía en las corvas para arreglarte el caminado. ¿Y qué debo hacer con esta clase, la primera de toda mi carrera docente, a unos alumnos de economía cívica que hacen guerra de tizas,

borradores y sándwiches de mortadela? Cuando entre y deposite los libros en el escritorio seguramente van a dejar de arrojarse cosas. Pero no. Hacen como si yo no estuviera allí, y no sé qué hacer hasta que las palabras me salen de la boca, las primeras palabras que pronuncio como profesor: Dejen de tirarse los sándwiches. Me miran como preguntando: ¿Y quién es este tipo?

Un timbre indica el comienzo de la clase y los alumnos se escurren detrás de los pupitres. Se cuchichean cosas, me miran, sueltan la risa, vuelven a cuchichearse, y me arrepiento de haber puesto pie en Staten Island. Miran un pizarrón que hay en la pared lateral del aula y en el que alguien ha escrito en letras grandes separadas: La Srta. Mudd se Fue. Se Juvilió la Funda Vieja, y cuando ven que lo leo vuelven a cuchichearse y a reír. Abro mi ejemplar de Tu mundo y tú como si fuera a empezar la clase pero una jovencita alza la mano.

¿Sí?

Profesor, ¿y no va a pasar lista?

Oh, sí, claro.

Eso me toca a mí, profe.

(1999, p. 328)

Las exquisitas narraciones reflejan cuán perdido se siente. Nació en Nueva York pero es un irlandés que trata de enseñar algún contenido de Economía Cívica, en inglés, sin poder desligarse de su acento ni de la impronta que le dejó su escuela irlandesa.

Alguien levanta la mano.

¿Sí?

Profesor, ¿es escocés o algo?

No. Irlandés.

Oh, ¿yeah? A los irlandeses les gusta beber, ¿eh? Todo ese whisky, ¿eh? ¿Va a estar aquí para el día de san Paddy?

Sí, voy a estar aquí para el día de san Patricio.

¿Y se va a emborrachar y a vomitarse en el desfile como todos los irlandeses?

Dije que voy a estar aquí. Está bien, abran los libros.

Una mano.

¿Qué libros, profesor?

Este libro: Tu mundo y tú.

Niansiquiera tenemos ese libro, profe.

(1999, p. 330)

De hecho, descubre que a los demás profesores tampoco les importaba demasiado la educación de los estudiantes, pero sí la obsesiva conservación de sus temáticas, como si se tratara de posesiones.

Abren los libros. Capítulo uno. Empecemos por el principio: “Breve historia de los Estados Unidos de América”.

Señor McCoy.

McCourt. McCourt.

Okey, yeah, ya nos sabemos lo de Colón y todú'eso. Nos dan d'eso en la clase de historia con el señor Bogard. Le va a dar un ataque si usted se pone a enseñar historia porque pa' eso le pagan y un'es trabajo de ustedé.

Tengo que enseñar lo que está en el libro.

La jeñorita Mudd no nos enseñaba lo que' estaba en el libro. Le importaba mierda, con su perdón, señor McCoy.

McCourt.

Yeah.

Y cuando suena el timbre salen en estampida del salón...

(1999, p. 330)

La diferencia entre la reacción de los estudiantes norteamericanos y la de los irlandeses es abismal. Los norteamericanos pasan a ser una turba ruidosa, desinteresada y perturbadora. El ahora profesor McCourt no sabe cómo reaccionar ante sus desmanes comportamentales. Además del espanto y la prevención, la angustia y el sonrojo del docente sustituto, intenta sobrevivir, pues es consciente de que no tiene muchas oportunidades. En contraste con la escuela irlandesa, ahora él es el personaje débil y susceptible. Diseña diversos métodos pedagógicos para atraer la atención y el respeto de su audiencia estudiantil, pero no incluye las conductas de sus profesores de la infancia. Sin embargo, los estudiantes salen desbocados en cuanto suena el timbre, como si estuvieran en una competencia.

La señora Mudd les había dicho que leyeran Silas Marner para el próximo examen parcial y que escribieran un trabajo de composición comparándolo con Gigantes en la Tierra, y los estudiantes de inglés de segundo año de la octava clase quisieran saber de dónde diablos sacó ella la idea de comparar un libro de gente alicaída en las praderas con otro de un viejo verde en Inglaterra.

Vuelven a armar un griterío. Me dicen: No queremos leer cualesquier pendejada.

¿Qué?

Oh, nada. Suena el timbre de aviso y ellos recogen sus abrigos y mochilas para ir a amontonarse en la puerta. Les tengo que gritar: Siéntense. Es apenas el timbre de aviso.

Ponen cara de asombro. ¿Qué pasa, profe?

No pueden salir cuando suena el timbre de aviso.

La jeñorita Mudd nos dejaba salir.

Yo no soy la señorita Mudd.

La ñerorita Mudd era rebuena. Nos dejaba ir. ¿Usté por qu'és tan mala leche?

Se desbocan por la puerta y no hay cómo pararlos. El señor Sorola me aguarda en el corredor para decirme que los alumnos no pueden salir apenas suena el timbre de aviso.

Lo sé, señor Sorola. No los pude parar.

Bueno, señor McCourt, un poquito más de disciplina mañana, ¿eh?

Sí, señor Sorola.

¿Habla en serio o me está tomando el pelo?

(1999, p. 342)

### 3.El método McCourt: ¿cómo ser un profesor creativo?

McCourt es consciente de la caótica situación. Quería huir, sentía que no podía tolerar el bullicio, la algarabía, la apatía, el desorden... La pesadumbre continuaba:

Hay días en que me encantaría irme de aquí, cerrar de un portazo, decirle al director que se meta su empleo en el culo, bajar hasta el ferry, cruzar a Manhattan, caminar por las calles, pedir una cerveza y una hamburguesa en el White Horse, sentarme en Washington Square, ver pasar a las sensuales alumnas de la Universidad de Nueva York, olvidarme para siempre de la Escuela Vocacional y Técnica McKee. Para siempre. Está claro de no puedo enseñar la cosa más simple sin que empiecen con sus objeciones. Con su resistencia. Oración simple: sujeto, predicado y, tal vez, si algún día llegamos hasta allí, el objeto, directo e indirecto. No sé qué hacer con ellos. Probar las antiguas amenazas. Presta atención o vas a reprobar. Si no apruebas no vas a graduarte y si no te gradúas bla. Todos tus amigos estarán allí en el ancho mundo colgando sus diplomas de secundaria en las paredes de sus oficinas, exitosos, respetados por todos. ¿Por qué no puedes mirar esta oración y, por una vez en tu miserable existencia adolescente, hacer el intento de aprender?

(1999, p. 99)

Él sabía que debía modificar las pautas impuestas por el sistema educativo norteamericano, si quería ser exitoso en la carrera docente y lograr algún cambio en sus estudiantes. Esa aparente apatía podía encausarse hacia la consecución de estudiantes sobresalientes, sin incurrir en la utilización de los métodos violentos de sus profesores de infancia. Descubrió que, a la hora de cumplir con las tareas de escritura, se resistían directamente, pero, cuando se trataba de justificar por qué no habían cumplido con la tarea asignada, sí eran brillantes. Entonces utilizó aquellas

excusas falsamente escritas por los padres y las convirtió en material de lectura y de escritura:

Mikey Dolan me trajo una nota de su madre, explicando su ausencia del día anterior: “Estimado señor McCort, la abuela de Mikey que es mi madre de ochenta años de edad se cayó por la escalera por tomar mucho café y dejé a Mikey en casa para que la cuidara y también a su hermanita para poder ir a mi trabajo en la cafetería de la terminal del ferry. Por favor disculpe a Mikey y él se esforzará de aquí en adelante porque le gusta su clase”. Atentamente, Imelda Dolan. P. D. Su abuela está bien. Cuando Mikey me entregó la nota, abiertamente falsificada delante de mis narices, no le dije nada. Había visto cómo la escribía sobre su pupitre, con la mano izquierda para disfrazar su propia letra que, debido a sus años en escuelas primarias católicas, era la mejor de la clase. [...] Tiré la nota de Mikey en un cajón junto con muchas otras: notas escritas en papeles de diversos tamaños y colores, garabateadas, rasgadas, manchadas. Ese día, mientras los alumnos hacían un examen, me puse a leer notas que nunca había leído. Hice dos pilas: una con las genuinas, escritas por madres, y otra con las falsificaciones. La segunda era mucho más alta, con textos que iban de lo imaginativo a lo lunático. [...]

¿No es notable—pensé— cómo se resisten a cualquier tipo de tarea escrita, tanto aquí como en sus casas? Gimen y dicen que están ocupados y que es muy difícil escribir doscientas palabras sobre cualquier tema. Pero cuando escriben estas justificaciones, son brillantes. ¿Por qué? Tengo un cajón lleno de notas de justificación que podrían formar parte de una antología de grandes justificaciones estadounidenses o grandes mentiras estadounidenses.

El cajón estaba lleno de muestras de un talento jamás mencionado en canciones, relatos o estudios académicos. ¿Cómo había podido ignorar este tesoro escondido, estas gemas de la ficción, la fantasía, la creatividad, el rencor, la autoconmiseración, los problemas familiares, calderas que explotaban, techos que colapsaban, incendios que arrasaban manzanas enteras, bebés y mascotas que orinaban sobre la tarea, inesperados nacimientos, ataques cardíacos, apoplejías, abortos, asaltos? Allí estaba lo mejor de la escritura estudiantil estadounidense: cruda, real, urgente, lúcida, breve, falaz. “Se prendió fuego la cocina y también el empapelado y los bomberos nos tuvieron toda la noche fuera de casa”. (1999, p. 105-107)

La utilización de estos textos activó las habilidades de escritura de los estudiantes, mientras promovió el desarrollo de debates y discusiones en el salón de clases. Con los mismos parámetros, McCourt les pidió que sustentaran su análisis de los textos bíblicos, del caso Adán y Eva, de Lucifer y de sus ángeles, de Judas, Atila el huno, Lee Harvey Oswald, Al Capone... Así consiguió uno de los logros más importantes: sustituir la apatía y la abulia de sus estudiantes por profunda concentración en la escritura y en la lectura. El método pedagógico llamó la atención del superintendente estatal:

- Pase. Pase, un minuto. Sólo quería decirle que esa clase, ese proyecto, lo que sea que estaban haciendo ahí dentro, es sobresaliente. Sobresaliente. Eso, joven, es lo que necesitamos, ese tipo de enseñanza realista. Esos chicos estaban escribiendo con un nivel universitario. Se vuelve hacia el director y dice:

- Ese chico que escribía una nota de justificación para Judas. Brillante. Pero tengo una o dos reservas. No estoy seguro de que sea admisible o prudente escribir justificaciones para gente mala o criminales, aunque pensándolo bien, es lo que hacen los abogados, ¿verdad? Y por lo que he visto en su clase, puede que allí haya un par de promisorios futuros abogados. En fin, sólo quiero estrecharle la mano y decirle que no se sorprenda si en su expediente aparece una nota dando fe su enérgica e imaginativa manera de enseñar. Gracias, y tal vez debería conducirlos hacia figuras de la historia más remota. Una nota de justificación para Al Capone es un poco riesgosa. Gracias otra vez.

Dios del cielo. Una alabanza del superintendente de escuelas de Staten Island. ¿Voy bailando por el pasillo o mejor me elevo y vuelo? ¿Le molestará al mundo si me pongo a cantar? (1999, p. 112-113)

La felicitación del superintendente diezmó los miedos del profesor McCourt. Ya no se comportaría como sus profesores ni su antecesora, la monótona señorita Mudd. Había descubierto su propia metodología y la aplicaría sin prevenciones: “La razón era que me había dado cuenta de que en la historia de la humanidad había material suficiente para millones de notas de justificación. Tarde o temprano, todos necesitan una justificación” (1999, p. 113). Además de la justificación, incluyó dos pautas más: la especulación y la motivación. Así impulsó aún más las habilidades argumentativas e interpretativas de los estudiantes, a partir de sucesos escolares cotidianos. Su idea era fortalecerlas enseñándoles que cada evento tenía más de una posible mirada pero además, activó su imaginación y engrosó su léxico: “Si tuvieran que informar sobre esto, el incidente tiene incluso otra dimensión: la motivación de Andrew. Sólo él sabe por qué reclinaba la silla y

ustedes tienen derecho a especular. Podríamos tener más de treinta especulaciones en esta clase” (1999, p. 187).

En *El Profesor*, McCourt critica enfáticamente el sistema educativo norteamericano. Reconoce sus falencias, contradicciones, inconsistencias, que no fortalece las suficientes habilidades en los estudiantes y, principalmente, la situación del profesor.

Esta es la situación en las escuelas públicas de Estados Unidos: cuanto más te alejes del aula, mayor será tu recompensa financiera y profesional. Consigue el título, enseña por dos o tres años. Toma cursos de administración, supervisión, consejería, y con tus nuevos certificados puedes pasar a una oficina con aire acondicionado, baños privados, largos almuerzos, secretarías. No tendrás que lidiar con grandes grupos de chicos fastidiosos. Refúgiate en tu oficina y ni siquiera tendrás que ver a los pequeños desgraciados. Pero allí estaba yo, con 38 años, falto de ambición para trepar en el sistema escolar, a la deriva en el sueño americano, enfrentando la crisis de la mediana edad, frustrado profesor de inglés de secundaria, pero obstaculizado por mis superiores, los directores y sus asistentes, o eso me parecía. (1999, p. 105-107)

Sus cómicas descripciones revelan cuán compleja era la situación para él como docente en ascenso y para los estudiantes, sometidos a currículos que no los preparaban para enfrentarse a los retos de la vida real. En conjunto, el sistema los utilizaba para cubrir una cuota socialmente necesaria sin preocuparse por ellos. A pesar de los hallazgos del método McCourt, la decepción persistía. Enseñar no era una panacea.

Si les pedías a todos los alumnos de tus cinco clases que escribieran trescientas cincuenta palabras cada uno, tenías 175 multiplicado por 350 y eso daba 43.750 palabras que tenías que leer, corregir, evaluar y calificar por la tarde y los fines de semana. Eso si eras lo suficientemente sensato y les dabas una tarea por semana. Había que corregir faltas de ortografía, errores de gramática, pobreza estructural, transiciones, descuidos en general. Había que hacer sugerencias sobre el contenido y escribir un comentario general explicando la calificación que se ponía. Se les recordaba que no había nota extra por adornar los trabajos con ketchup, mayonesa, café, Coca-Cola, lágrimas, grasa, caspa. Se les sugería enfáticamente que escribieran sus trabajos sobre una mesa o escritorio y no en el tren, el autobús, la escalera mecánica o el tumulto de la pizzería de Joe, a la vuelta de la esquina.

Si tardabas apenas cinco minutos con cada uno, un solo grupo de trabajos te llevaba catorce horas y treinta y cinco minutos. Eso equivalía a dos días de clase, y al fin de semana. Dudas en pedir informes de lectura. Son más largos y están llenos de plagio. (1999, p. 105-107)

Sin importar el esfuerzo del docente en la enseñanza de sus materias, el sistema educativo seguía siendo caótico, inmisericorde e inútil. También el estudiantado. ¿Y el Profesor? Sólo era un sujeto-objeto supeditado a los dictámenes del sistema imbuido en la noble tarea de enseñar a la turba adolescente.

¿Qué es lo último que piensa un profesor antes de dormirse? Antes de caer rendidos, todos esos profesores, cómodos y calentitos en sus pijamas de algodón, sólo piensan en lo que enseñarán al día siguiente. Los profesores son buenos, correctos, profesionales, concienzudos, y nunca le pasarían la pierna por encima al otro que está en la cama. De la cintura para abajo, el profesor está muerto. (1999, p. 228)

La magistral utilización de la ironía, como recurso estilístico, demuestra cuán aturcido estaba McCourt en su labor docente, que no sólo implicaba la enseñanza sino también asumir funciones de corrector de disciplina, patrullero escolar, portero, vigilante y dictador académico. La multiplicidad de funciones no académicas ni pedagógicas del profesor McCourt desdibuja su rol e incrementan su descontento ante el sistema educativo norteamericano, fácilmente asimilable a un modelo carcelario, restrictivo y vigilante. Lo preocupante es que ningún estudiante está dispuesto a dejarse subyugar, menos aún a dar cuentas de su comportamiento o licencias. Así, con el apoyo del sistema educativo, el profesor se convierte en una criatura caricaturesca que ordena y establece diálogos unilaterales: monólogos consigo mismo para complementar su labor pedagógica y cumplir a cabalidad con los dictámenes del sistema. En conclusión, es un multitask que expone al sistema educativo como un matriarcado volátil e inestable.

No logro decir que enseñé escritura creativa, poesía o literatura, especialmente porque yo mismo estoy siempre aprendiendo. Digo en cambio que conduzco una clase, o que coordino un curso. Sigo teniendo cinco clases por día, tres de inglés “normal”, dos de escritura creativa. Tengo un salón de tutoría de 37 alumnos, con el trabajo de oficina que eso conlleva. Cada semestre se me asigna una tarea extra diferente: patrullar pasillos y escaleras; controlar que los chicos no fumen en el baño; reemplazar a profesores ausentes; vigilar si hay tráfico de drogas; desalentar juergas de cualquier tipo; supervisar las cafeterías estudiantiles; supervisar el vestíbulo de la escuela para asegurar

que todos, los que entran y los que salen, tengan un pase oficial. Con tres mil adolescentes brillantes reunidos bajo un mismo techo, las precauciones nunca están demás. Siempre están tramando. Es su tarea. (1999, p. 229)

Ante la situación, McCourt define sus propios criterios pedagógicos sin dejarse abrumar por los oficios paralelos impuestos. Busca encausar la dispersión de los estudiantes hacia su propio beneficio.

No pondré la ignorancia como excusa. No me refugiaré detrás de los huecos en mi educación. Diseñaré un programa de autosuperación que me lleve a ser mejor profesor: disciplinado, tradicional, estudioso, diestro, lleno de respuestas. Me sumergiré en la historia, el arte, la filosofía, la arqueología. Arrasaré con el gran desfile de la literatura inglesa [...] Encontraba por fin mi propia voz y mi propio estilo de enseñanza. Estaba aprendiendo a sentirme cómodo en el aula. Igual que Roger Goodman, mi nuevo jefe de departamento, Bill Ince me daba rienda suelta para probar ideas sobre escritura y literatura, para crear mi propia atmósfera en la clase, para hacer lo que quisiera sin interferencia burocrática, y mis alumnos eran lo suficientemente tolerantes y maduros como para dejar que buscara mi camino sin ayuda de la máscara o el bolígrafo rojo. (1999, p. 244)

Paradójicamente, no deja de ser cuestionado por su método de enseñanza: Haciendo usos de mis derechos como asistente del subinspector de Pedagogía, una vez concluida la clase interrogué a algunos de sus alumnos acerca del aprendizaje que habían incorporado ese día. Reaccionaron con vaguedad, al punto de rascarse la cabeza, sin tener idea alguna del objetivo de la actividad desarrollada. Uno dijo que se había divertido y es un comentario válido pero supongo que no es ese el propósito de la educación secundaria. Me temo que deberé remitir mis observaciones al subinspector de Pedagogía, quien sin dudas informará de ellas a la propia inspectora de Pedagogía. Es posible que lo convoquen a una audiencia en el Consejo de Educación. Si eso ocurriera, puede concurrir acompañado por un representante del sindicato y/o (sic) un abogado. Sinceramente, Montague Wilkinson III. (1999, p. 262)

#### 4. Conclusión

La trilogía de Frank McCourt ofrece al lector la grandiosa poética de enseñar y ser enseñado, para revelar e ilustrar, a través de una hilarante perspectiva que desdibuja la rigurosidad académica y pedagógica, cómo se puede triunfar en un

medio coercitivo que aparenta ser erudito, pero que sucumbe ante las banalidades y las incongruencias de los directivos y del sistema educativo en sí. Esta trilogía, además de exponer las particularidades socioculturales e idiosincrásicas de los habitantes de Limerick y de Nueva York, en el siglo XX y XXI, indica sus transformaciones e intenta explicar cómo se entrelazan con los paradigmas educativos, sin olvidar que la formación académica de sus miembros no siempre implica la optimización de las sociedades.

La voz narrativa protagonista es de Frank McCourt, quien se convierte a sí mismo en personaje y se imbuje en su propia historia, arrasa al lector consigo, lo maravilla, entristece, entusiasma y cuestiona con las expectativas de una sociedad irlandesa cambiante, que buscaba a toda costa determinar quiénes eran, para simplemente diferenciarse de los ingleses que los atormentaron durante ochocientos largos años. En Nueva York, él como inmigrante nativo –nacido pero criado en Limerick–, utiliza analepsis y prolepsis para desvanecer el sueño americano y mostrarlo como lo vio: la eterna lucha de múltiples culturas por sobrevivir hasta alcanzar sus sueños de vida. Roland Barthes habló del deleite producido por un texto y se refirió a cuán placentero o agónico puede este llegar a ser. La trilogía de Frank McCourt es un absoluto deleite, pues su voz narrativa no se enfrasca en fastidiosas disquisiciones morales sobre la academia ni asume una postura arrogante para vilipendiar el sistema educativo, pero sí expone su complejo engranaje a través del humor, la risa, la sátira, lo cómico y desdibuja la figura de autoridad, incluso cuando se trata de sí mismo. Él evidencia que, incluso los premios académicos están supeditados a una lucha constante contra un sistema educativo obtuso y manipulador, que considera a los estudiantes piezas mecánicas y autómatas y a los profesores, títriteros. Él mismo concluye:

No es necesario que respondan a cada estímulo del universo. No son veletas. Digo que no tienen por qué reaccionar a todo lo que un profesor o cualquier otra persona les ponga delante.

Caras de duda. Sí, claro. Dígaselo a algunos de los profesores que andan por ahí. Todo se lo toman de manera personal. (1999, p. 263)

## Referencias

- Barthes, R. (1975). *The pleasure of the text*. Translated by Richard Miller with a note on the text by Richard Howard. (First edition). New York: Hill and Wang.
- Barthes, R. (1989). *El placer del texto: seguido por lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France pronunciada el 7 de enero de 1977*. (5ª ed.). México: Siglo XXI.
- McCourt, F. (1996). *Angela's ashes. A memoir of a childhood*. London: Harper Collins.
- McCourt, F. (1996). *Las cenizas de Ángela*. Traducción de Carlos José Restrepo. Bogotá: Norma.
- McCourt, F. (1999). *¡Ajá! Sí lo es*. Traducción de Carlos José Restrepo. Bogotá: Norma.
- McCourt, F. (2006). *El Profesor*. Traducción de Laura Wittner. Bogotá: Norma.